

Epílogo

José Enrique RODRÍGUEZ IBÁÑEZ

Me complace redactar un epílogo al número monográfico de *Política y Sociedad* ideado y coordinado por mi amigo y colega Manuel Rodríguez Caamaño. Con este volumen, entre otras cosas, queda demostrado por vía de hecho el empeño que tenemos en el Departamento de Teoría Sociológica de impulsar una línea de investigación historiográfica actualizada.

También, en el terreno de lo personal, la invitación del prof. Rodríguez Caamaño me permite continuar un tipo de reflexión de la que he dado cuenta ocasional en escritos propios y en obras colectivas como *Sociología en España*, compilada por Salvador Giner y Luis Moreno en 1990 con ocasión del Congreso Mundial de Sociología de Madrid, y la *Historia de la Sociología española* compilada en 2001 por Salustiano del Campo.

Dado que es imposible resumir en una simple nota final como ésta todo el zigzagueante avatare de la problemática consolidación de la Sociología en España, me limitaré a detenerme en algunos de sus jalones más determinantes.

Vayamos a los comienzos. En este sentido, creo que es indispensable repetir una vez más que la historia empezó con buen pie. Tras un largo período decimonónico de bandazos entre metafísicos krausistas y conservadores recalitrantes, la Sociología académica patria logrará producir un excelente primer catedrático de la disciplina, D. Manuel Sales y Ferré. Todo un clásico menor, como ya dije de él en el texto conmemorativo del centenario de la aparición de su obra central, el *Tratado de Sociología*¹, este autor supo evolucionar de un inicial spencerismo más o menos ingenuo, a un normativismo estructural concomitante con el del Durkheim maduro, mediante un proceso propio de depuración intelectual ajeno a las mimesis primarias de ideas ajenas.

Pero la desaparición prematura de Sales y Ferré en 1910 y su sustitución al frente de la cátedra por un representante del «catolicismo social», Severino Aznar, truncaron el hipotético desarrollo en España de una escuela sociológica de corte antropológico-institucional que fundiera teoría e investigación y superara las viejas antinomias. Lejos de ello, la Sociología española del primer cuarto del siglo XX se debatía entre la atención a los problemas sociales o las condiciones de vida y creencias (Posada, desde la tradición liberal-reformista; Aznar, desde el ya mencionado «catolicismo social») y el ensayismo de orientación historicista y mundana que Ortega y Gasset trajo de Alemania y practicó con merecido éxito, promoviendo de paso la importación a España del pensamiento puntero en la época (así por ejemplo, la teoría sociológica de Simmel).

El «factor humano», pues, incide en el despetar académico de la disciplina sociológica en nuestro país.

Hay un segundo factor, este dramático y colectivo, que complica aún más la historia que nos ocupa. Me refiero, naturalmente, a la Guerra Civil.

En efecto, y al margen de lo dicho anteriormente, la España que vio naufragar las esperanzas regeneracionistas propias de la Regencia de María Cristina, sufrió la Dictadura de Primo de Rivera y cruzó esperanzada el umbral de 1931, había logrado empezar a fraguar una cultura de aproximación a las ciencias sociales que, en torno a nombres como los de Ayala, Medina Echavarría y Recaséns Siches, se distanciaba poco a poco del Derecho y la Filosofía.

Sin embargo, la brutalidad y elementalidad ideológica del nuevo régimen de Franco minaron considerablemente toda esa expectativa, forzando a las personalidades mencionadas —junto con

¹ José Enrique RODRÍGUEZ IBÁÑEZ: «Desde un *fin-de-siècle* a otro: un obligado recuerdo de Manuel Sales y Ferré», *REIS*, 76, Oct.-Dic., 1996. Véase también mi recensión al libro de Manuel NÚÑEZ ENCABO, «El nacimiento de la Sociología española: Manuel Sales y Ferré», *REIS*, 5, 90, 2000.

muchos otros intelectuales y gentes de a pie— al exilio. Dentro de España quedaba la atormentada figura de Gómez Arboleya, sirviendo de meritorio y lamentablemente frustrado nexo entre la intelectualidad sociológica liberal-republicana y las nuevas generaciones de sociólogos que empezarían a dejar oír sus voces a partir de los años sesenta.

Así llegamos al tercer jalón sobre el que quisiera detenerme brevemente. Me refiero al clima cultural de los últimos años sesenta y primeros setenta, cuando el franquismo tocaba a su fin y la normalización de la Sociología empezaba a cobrar carta de naturaleza, trasladando a nuestra atribulada y políticamente distorsionada piel de toro el ardor de unas disputas teóricas e ideológicas inseparables de la belicosidad de un tiempo de censura y guerra fría.

Fueron aquellos años de cambio acelerado. Movimiento estudiantil y sindicalismo democrático recuperados, un juicio de Burgos que le salió a Franco por la culata —pasó de ser escarmiento ejemplar a exponente de la debilidad de la dictadura—, enfermedad del General en 1974 y, finalmente, fallecimiento del mismo al siguiente año; todo ello aconteció como secuencia vertiginosa, devolviendo a la sociedad española su protagonismo y deseos de renovación.

En ese contexto, la irrupción de la Sociología como profesión y como especialidad universitaria, constituyó un dato más en el seno del proceso general modernizador.

En el plano académico, la Sociología subsistía en las Facultades de Filosofía aliada a la Ética, siendo Aranguren el principal exponente de esta pervivencia *sui generis*. En las Facultades de Derecho había catedráticos de Derecho Político como Tierno y Murillo Ferrol que también se empeñaban en sociologizar sus enseñanzas. Aunque sólo en las Facultades de Económicas —y en la única de Políticas de Madrid— la Sociología existiera como tal. Fue en esas Facultades donde surgieron los primeros catedráticos de Sociología posteriores a Gómez Arboleya, que había fallecido en 1959; es decir, Salustiano del Campo, José Jiménez Blanco, Enrique Martín López y Luis González Seara. A ellos se unieron, en 1971, inaugurando una lista imparable de nuevos catedráticos en años sucesivos, José Castillo, Juan Díez Nicolás, Amando de Miguel y Carlos Moya.

El primer centro universitario español dedicado íntegramente a la Sociología fue la Escue-

la de Sociología de la Universidad Complutense de Madrid, una diplomatura de tres años que abrió sus puertas en 1968 en el viejo caserón de la calle de San Bernardo. Yo me honro en pertenecer a su primera promoción y deseo desde aquí romper una lanza a su favor, dado que esta Escuela sigue siendo injustamente menospreciada y ninguneada desde ciertos círculos, cuando es así que en ella floreció un elenco de estudiantes y profesores de envergadura que llevaron a sus pasillos y aulas todo el fresco aire democrático de los años sesenta, además de impartir y recibir una formación más que respetable. A título de ejemplo, diré, ahondando en el recuerdo, que entre estudiantes, profesores incipientes y profesores *senior*, allí nos juntamos actuales colegas como —por orden alfabético— Elías Díaz, Lorenzo Díaz, Jorge de Esteban, Mario Gaviria, Santos Juliá, Emilio Lamo de Espinosa, Antonio Lara, Luis Legaz Lacambra —ya fallecido—, Joaquín Leguina, Manuel López Cachero, Mariano López Cepero, Juan Maestre, Dalmacio Negro, Juan Antonio Peredo y Miguel Roiz.

En 1973, poco después de fundarse la Escuela de Sociología, la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad Complutense de Madrid pasó a ser Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, tal y como sigue siéndolo en la actualidad. La Escuela coexistió con la Facultad unos cuantos años más hasta llegar, como parecía lógico, a un acuerdo de fusión en 1981 que implicaba la desaparición de la primera.

Paralelamente, instituciones oficiales como el Instituto de la Juventud y, sobre todo, el Instituto de la Opinión Pública, comenzaban a publicar encuestas de opinión fiables y de ámbito nacional sobre cuestiones variadas. A la vez, otras instituciones de ámbito privado —si bien de relevancia pública— impulsaban la edición de empresas sociológicas que hoy son auténticos clásicos de nuestra reciente historia disciplinar. A este respecto recordaré dos voluminosas entregas: por una parte, los dos primeros —y míticos— *Informes sociológicos sobre la situación social de España*, publicados por la Fundación FOESSA en 1966 y 1970 coordinados por Amando de Miguel; por otra, el libro colectivo *La España de los años setenta. La sociedad*, publicado por la Fundación Moneda y Crédito del Banco Urquijo en 1972, compilado por Salustiano del Campo, de cuyo contenido —a cargo de muy conocidos sociólogos— destacaré un notable trabajo sobre las éli-

tes económicas y el desarrollo español firmado por Carlos Moya.

Otro dato interesante que no debe caer en saco roto es el destacado papel que jugaron en el proceso de transición a la democracia los sociólogos españoles. A este respecto, es de justicia mencionar el protagonismo que tuvieron en ese proceso, desde las filas y los gobiernos de UCD, Luis González Seara y Juan Díez Nicolás. Inmediatamente después, José María Maravall ejercería idéntico protagonismo desde las filas y los gobiernos del PSOE.

En fin, el resto de la historia es bien conocido: diversas Facultades de Ciencias Políticas y Sociología (o sólo Sociología) han ido creándose a lo largo y a lo ancho de España, con la consiguiente dotación de puestos docentes; existen varias revistas especializadas solventes y nutridas publicaciones sociológicas; va abriéndose camino una red de colegios profesionales que ampara y propulsa a la comunidad de sociólogos en ejercicio; está constituida una Federación Española de Sociología que organiza congresos trianuales nacionales; la Universidad española recuperó a los viejos maestros inicualemente expulsados y logró atraer a sus claustros a personalidades prominentes como Salvador Giner y Manuel Castells.

Con todo, la situación, a mi modo de ver, no es enteramente satisfactoria. La Sociología como profesión no ha calado en la opinión pública ni en el tejido laboral españoles de la misma manera en que lo han hecho otras profesiones aparecidas también, institucionalmente hablando, a mediados del siglo XX, como la Economía y la Psicología.

De igual forma, los estudios de Sociología no son ni mucho menos los favoritos como primera

opción de la mayoría de estudiantes que acceden a la Universidad, habiendo incluso Facultades que andan más que sobradas de plazas discentes sin cubrir.

Una cosa más: los artículos y libros de Sociología españoles mejoran en cantidad y calidad, si bien —y esto lo dice quien lleva ya un buen número de años emitiendo informes de lectura de originales en más de un consejo de redacción— los viejos males patrios no terminan de evaporarse (a saber, exaltación de autores y/o escuelas recién descubiertas por el firmante, sea cual sea el tiempo que esos autores o movimientos lleven circulando por el mundo y, en segundo lugar, engreimiento a la hora de ignorar la literatura nacional sobre el tema tratado, aun cuando su valía sea evidente).

Last but not least, no cabe duda de que la Sociología española no sería la misma sin la promoción que le presta el Centro de Investigaciones Sociológicas, lo cual habla elocuentemente de la dependencia del sector público a casi todos los efectos y, una vez más, de la debilidad de la profesión en el conjunto de la sociedad civil.

Ciertamente, no hay más cera que la que arde y es igual de barato ver el vaso medio lleno que medio vacío. Por ello prefiero llevar la vista hacia adelante, desde mi ya escéptica mirada de cincuentón empedernido, haciendo votos por el sostenimiento de la Sociología en el nuevo marco de convergencia universitaria y profesional europea, a la par que, no sin melancolía, pongo punto final a este número, debido al encomiable empuje y tenacidad de mi amigo Manuel Rodríguez Camaño.